



RAZONES POR LAS CUALES
ALGUNOS NO VENDRAN A CRISTO



ALBERT N. MARTIN

RAZONES POR LAS CUALES ALGUNOS NO VENDRÁN A CRISTO

Contenido

1. Ignorancia de tu desesperada
necesidad de Cristo 2
2. Impenitencia ante las inquisitivas
demandas de Cristo 5
3. Incredulidad con respecto a las promesas
de Cristo 8
4. Expectativa no justificada de
revelación de Cristo 11

© Copyright 1998 Chapel Library. Impreso en los EE.UU. Se otorga permiso expreso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que

- 1) no se cobre más que un monto nominal por el costo de la duplicación
- 2) se incluya esta nota de copyright y todo el texto que aparece en esta página.

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960. Publicado originalmente en inglés bajo el título *Reasons Why Some Will Not Come to Christ*. En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con:

CHAPEL LIBRARY
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA

chapel@mountzion.org • www.ChapelLibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno.

RAZONES POR LAS CUALES ALGUNOS NO VENDRÁN A CRISTO

JERUSALÉN estaba agitada con actividades durante uno de los días de fiesta judíos más importantes. ¡Y ahora, en el estanque de Betesda el joven y polémico rabí de Galilea había asombrado a todos al sanar a un hombre que había estado paralítico durante treinta y ocho años! Pero en lugar de regocijarse, los líderes judíos primeramente confrontaron al hombre sanado por cargar su lecho en el día de reposo —esto era trabajo, decían ellos, y Dios había prohibido todo trabajo en el día de reposo— ¡y luego condenaron a Jesús por su “obra” de sanidad en el día de reposo! El capítulo cinco del evangelio de Juan registra la respuesta sencilla de Jesús: “Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo.” Los judíos entendieron que esta respuesta significaba nada menos que Jesús estaba “haciéndose igual a Dios” (Jn 5:18).

Sus claros reclamos de igualdad con Dios despertaron un sentimiento homicida en el corazón de aquellos celosos líderes judíos, sin embargo, Jesús bondadosamente afirmó el deseo de Su corazón para con ellos cuando declaró en el versículo 34: “Digo esto, para que vosotros seáis salvos.” Y ya que no podían ser salvos a menos que creyeran en Él como Dios en la carne y su Mesías prometido, les mostró que sus reclamos para la deidad estaban validados por tres clases de evidencias, las cuales eran familiares a todos ellos: el testimonio de Juan el Bautista, las obras milagrosas

que Jesús había hecho y las Escrituras mismas. Pero a pesar de todas estas evidencias, su persistente incredulidad provocó estas palabras de Jesús en el versículo 40:

“Y no queréis venir a mí para que tengáis vida.”

¡Seguramente éstas son unas de las palabras más trágicas que jamás se hayan dicho! Con ellas Jesús asevera claramente que la vida habría de encontrarse en Él, y que se obtendría sencillamente viniendo a Él. No estaba hablando de vida física, sino de la vida espiritual y eterna que uno recibe al unirse a Él por medio de la fe. Sin embargo, sus oyentes rehusaron hacer la única cosa necesaria para obtener la vida eterna, ya que rehusaron creer en Él. Y las palabras sobrias de Jesús demuestran que Él los considera a ellos —y a todos los que son como ellos— responsables por su indisposición obstinada de venir a Él.

¿Qué fue lo que impidió que estas personas externamente religiosas vinieran a Cristo? ¿Qué te impide a ti, mi amigo inconverso, venir a Cristo hoy? Al bosquejar cuatro de las razones principales por las que algunos no vendrán a Cristo, espero persuadirte a que abandones estas razones y que vengas a Jesucristo.

1. Ignorancia de tu desesperada necesidad de Cristo

Algunas personas no vendrán a Cristo simplemente porque son ignorantes de su necesidad como pecadores. Los fariseos del tiempo de Jesús eran ejemplos clásicos de esta ignorancia personal. La parábola de Jesús en Lucas 18 fue dirigida a estos hipócritas que “confiaban en sí mismos como justos” (Lucas 18:9). Cuando los escribas y los fariseos murmuraron contra

Jesús por comer y beber con publicanos y pecadores, Jesús observó: “Los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido para llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento” (Lucas 5:31-32).

Lo que era cierto de los fariseos hace dos mil años es también cierto de muchos hoy día: ni siquiera saben que están enfermos. Están desapercibidos de que tienen alguna enfermedad moral o espiritual. No les interesa ir al gran Médico de sus almas porque no creen que tienen nada malo.

Pero tal indiferencia a la condición real de sus almas es inexcusable, y es inexcusable debido al claro testimonio de la Biblia y de sus conciencias.

Abre cualquier libro de la Biblia y leerás acerca de la condición pecaminosa y caída del hombre. Desde el recuento de la desobediencia de Adán y Eva contra Dios, hasta el relato completo del hombre, la Palabra de Dios muestra que somos una raza culpable y contaminada. Pero si te consideras a ti mismo como una excepción, observa varias declaraciones del apóstol Pablo, hablando en nombre de Jesucristo y por medio de la guía infalible del Espíritu Santo: “En Adán todos mueren” (1 Cor. 15:22), o Romanos 5:12: “Como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.”

Nosotros ciertamente somos pecadores por causa de esta herencia. Pablo nos describe como hijos de ira por naturaleza (Efesios 2:3). David, aquel hombre conforme al corazón de Dios, testifica de sí mismo: “He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre” (Sa1. 51:5). Cada uno de nosotros ha heredado una naturaleza de pecado, y el pecar viene

como algo natural a todos nosotros. Somos culpables de quebrantar las leyes de Dios escritas en nuestros corazones y en la Palabra de Dios. “Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino,” declara el profeta en Isaías 53:6. Pablo asevera con una autoridad final y contundente: “No hay justo, ni aun uno” (Rom. 3:10).

Y además del testimonio externo de las Escrituras, está el testimonio interno de nuestra propia conciencia. La conciencia está activa en cada persona, ya sea acusando las malas acciones o alabando aquellas que son buenas (Rom. 2:15). Sabes que la conciencia le quita el placer al pecado, y buscas la manera de justificarlo con argumentos. Si la conciencia pudiese hablar de forma audible declarararía a toda voz cuán vil es tu corazón. Revelaría todos los motivos y deseos perversos activos en tu espíritu. Si sólo prestaras atención a tu conciencia, no podrías ser ignorante de tu desesperada necesidad de Cristo. Sabes que estás bajo la condenación de Dios por tu pecado, y que eres responsable por todo el peso del castigo por ese pecado. Sin embargo, también sabes que estás incapacitado para ayudarte a ti mismo.

¡Cuántos hay que ignoran el testimonio de la Biblia y luchan contra el testimonio de sus propias conciencias! No te felicites a ti mismo de que puedes oír indiferente la oferta de misericordia de Cristo, sino ora para que puedas apercibirte de tu desesperada necesidad y de la extensión de tu culpabilidad y contaminación. En lugar de ser como el fariseo en Lucas 18, quien se paró inmovible ante la presencia de Dios proclamando su propia bondad, arrodíllate como el humilde publicano y dama: “Dios, sé propicio a mí, pecador.”

2. Impenitencia ante las inquisitivas demandas de Cristo

Quizás estás dispuesto a admitir tu necesidad y a escapar de las acusaciones de una conciencia condenadora, pero hay otra razón por la cual no vendrás a Cristo. Tal vez seas de aquellos que permanecen impenitentes ante Sus inquisitivas demandas.

El llamado de Cristo a venir a Él es también un mandato a dejar tus pecados. “Llamarás su nombre JESÚS,” dijo el ángel a José, “porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mateo 1:21). No va a salvarlos *en* sus pecados, sino *de* sus pecados. “He venido a llamar a pecadores al arrepentimiento,” dijo Jesús en Lucas 5:32. Los términos bajo los cuales puedes casarte con Cristo son términos de completo divorcio de tus pecados. Tampoco puedes separar el arrepentimiento de la fe y el perdón. Pablo afirmó que el auténtico mensaje evangélico era el “arrepentimiento para con Dios, y fe en nuestro Señor Jesucristo” (Hechos 20:21). Dios exaltó a Jesús como Príncipe y Salvador, dijo Pedro a los judíos en Hechos 5:31, “para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados.”

Puede que tu problema no sea el de la insensibilidad —de hecho, tal vez estás miserablemente consciente de tu desesperada necesidad del perdón y la paz. Pero no estás dispuesto a dejar tus pecados y venir a Cristo en Sus términos. Este fue el problema del joven rico en Mateo 19. Deseaba sinceramente la vida eterna, y vino a Cristo en busca de ella. Pero Jesús, en su conocimiento omnisciente del corazón humano, enfocó un solo asunto: el amor del hombre por las posesiones. Jesús debía ser su único Señor: “Anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en

el cielo; y ven y sígueme.” Pero el joven rico no estaba dispuesto a ceder a las inquisitivas demandas de Cristo, y la narración dice, “se fue triste.”

No debemos pensar que el asunto siempre sea un llamado a dejar las riquezas, ya que Jesús llamó a algunos hombres ricos como Mateo y Zaqueo y nunca puso esa demanda particular sobre ellos. Pero cuando trataba con cualquier pecador, como la mujer de Samaria en Juan 4, descubría su pecado favorito y hacía su reclamo de una manera directa. Jesús le decía a cada uno que la vida eterna se encontraba en una unión suprema con él. “No podéis servir a Dios y a las riquezas” (Mateo 6:24). “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame” (Marcos 8:34).

¿Ves que la impenitencia ante las demandas inquisitivas de Cristo es inexcusable? El perfecto y santo Señor de gloria te llama a dejar tus pecados para darte vida eterna, y tu rehúas dejarlos. Pero, al fin y al cabo, ¿qué harán por ti aquellos pecados a los cuales te estás aferrando? “La paga del pecado es muerte,” dice el apóstol en Romanos 6:23. La salvación por medio de Jesucristo te libra de la penalidad, el poder, la práctica, y algún día, bendito sea Dios, aún de la presencia del pecado. ¿Por qué te aferras a aquellos pecados que sólo te arrastrarán al infierno?

Jesús sabe cuán costosa puede ser la separación. Habló del pecado como algo tan querido como un ojo derecho o una mano derecha. Él sabe que el arrepentimiento verdadero, la confesión y el apartarse del pecado pueden causar vergüenza, malos entendidos, pérdida económica y dolor en el rompimiento de relaciones cercanas. Cuando le dijo a esos judíos, “no queréis venir a mí,” sabía que ellos amaban recibir gloria

unos de los otros (Juan 5:44). El seguir a un maestro tan despreciado era más de lo que sus orgullosos corazones podrían soportar. Jesús conocía sus luchas internas, pero nunca comprometió sus demandas que marchitaban la carne.

¿Ves que tal impenitencia no sólo es inexcusable, sino también irracional? Considera toda la evidencia en contra de una vida entregada al pecado. Mira de cerca las vidas marcadas y torcidas de aquellos que resistieron el llamado de Dios en su juventud — personas que son el mismo cumplimiento de las palabras proféticas de Dios en Isaías: “Pero los impíos son como el mar en tempestad, que no puede estarse quieto, y sus aguas arrojan cieno y lodo. ‘No hay paz’, dijo mi Dios, ‘para los impíos’” (Isaías 57:20, 21). “El camino de los transgresores es duro” (Prov. 13:15). Mira los lechos de muerte llenos del terror de aquellos que mueren en sus pecados. Mira el Día del Juicio venidero, cuando los grandes de la tierra dirán a los montes y a las peñas que caigan sobre ellos, para esconderlos de la “ira del Cordero” (Apoc. 6:16). Mira dentro del mismo infierno, cómo los pecadores no arrepentidos son echados en el horno de fuego: “Allí será el lloro y el crujir de dientes” (Mateo 13:42). “El humo de su tormento sube por los siglos de los siglos” (Apoc. 14:11).

Finalmente, mira a la cruz. Contempla al Señor de gloria, el único hombre que vivió una vida sin pecado, quien, allí en la cruz, fue hecho pecado por su pueblo. Mira el precio que Jesús pagó por el pecado que tú amas. Mira sus sufrimientos a manos de hombres malvados. Nota su mayor e indescriptible agonía bajo la ira de su Padre por el pecado humano. Detente y mira hasta que puedas decir con John Newton:

*“Un Salvador sangrante he contemplado
y ahora aborrezco mi pecado.”*

Si tales meditaciones no son suficientes para alejarte de aquellos pecados que ahora te parecen tan queridos, estará bien que Dios te diga en aquel gran día: “Apártate de mí, maldito” (Mateo 25:41). “Efraín es dado a los ídolos; déjalo” (Os. 4:17). No te hundas en el infierno aferrándote a tus queridos pecados. Ven a Cristo en sus términos, para que tengas vida.

3. Incredulidad con respecto a las promesas de Cristo

Puede que no seas culpable de algún apego idólatra al pecado. Tal vez hayas abandonado muchos pecados, por tu propio bien y por causa de tu respeto frente a los demás. Sin embargo, hay una forma sutil de pecado que nunca has considerado. Quizás no pienses que sea muy importante, y ciertamente no tan desagradable. Quizás seas de aquellos que no creen en las promesas de Cristo.

Pero dirás: “¿Incredulidad? ¿Qué clase de pecado es ése? Y, ¿por qué me hará Dios responsable por no creer algo?” Amigo mío, considera por algunos minutos cómo la incredulidad puede ser uno de los mayores obstáculos para venir a Cristo, y así impedir que entres al cielo.

¿Podría haber alguna duda de que las promesas de Jesucristo son claras, ciertas y absolutas? Lee esta muestra de sus promesas. Búscalas en la Biblia para que veas por ti mismo cuán absolutamente libres de condiciones están:

Mateo 11:28: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.”

Romanos 10:12: El Señor “es rico para con todos los que le invocan.”

Romanos 10:13: “Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo.”

Juan 5:24: “El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida.”

Juan 6:37: “Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no” —bajo ninguna circunstancia— “le echo fuera.”

Dios asemeja su obra de salvación a una fiesta de bodas y dice: “Todo está dispuesto; venid a las bodas” (Mateo 22:4). Dios ha hecho todos los preparativos, y ha hecho todo lo que ha tenido que hacerse. Nosotros no tenemos que traer nada: sólo tenemos que ir.

A la luz de esas maravillosas e incondicionales promesas de perdón y aceptación, ¿ves lo inexcusable que es el pecado de incredulidad? La fiesta del evangelio se ha dispuesto y Dios ha enviado a sus siervos que dicen: “Venid, que ya todo está preparado” (Lucas 14:17). Pero permaneces fuera de la sala de banquete, perdido y condenado en tu incredulidad, rehusando abrazar la misericordia prometida de Dios. Puede que no seas ignorante de tu desesperada necesidad, ni seas impenitente por tus pecados, pero no estás dispuesto a creer el testimonio de Dios acerca de la suficiencia de su Hijo como el Redentor de los pecadores —el Dios

que habló audiblemente desde el cielo: “Este es mi Hijo amado; a él oíd” (Marcos 9:7).

Habrà muchas clases sorprendentes de pecadores en el cielo. Habrà notables pecadores como la mujer inmoral de Lucas 7, cuya reputación era conocida por todos. Habrà pecadores desesperados como el ladrón cuyos crímenes merecían la crucifixión. En el cielo habrá asesinos y blasfemos como Saulo de Tarso, y aún algunas personas cuyas manos dieron muerte al Hijo de Dios (Hechos 2:23). Pero una clase de pecador estará conspicuamente ausente: no habrá ningún incrédulo. No habrá una sola persona en el cielo que en esta vida no hubiera sido unida por la fe a Jesucristo.

El Apocalipsis pinta muchos cuadros del juicio final de Dios sobre la humanidad. Muchas de estas imágenes son confusas y misteriosas, pero mira esa clara imagen de aquellos que están parados fuera de las puertas del cielo. Apocalipsis 21:8 dice: “Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda.” Aquellos cuyas vidas eran respetables y aún rectas, pero marcadas por el pecado crónico de la incredulidad, tomarán su lugar eterno junto a aquellos cuyas vidas se caracterizaban por el homicidio, la mentira y otras formas groseras de pecado.

Somos tentados a considerar la incredulidad como un defecto, como una especie de “deficiencia vitamínica” que nos deja espiritualmente anémicos, pero no tan mal después de todo. Dios ve la incredulidad en su verdadera luz. Cuando Jesucristo describe el propósito del Espíritu Santo al venir a convencer al

mundo de pecado, he aquí el pecado principal que él destaca: “Por cuanto no creen en mí” (Juan 16:9).

Si hasta ahora has sido incrédulo, ¿te volverás de este pecado y te aferrarás a Cristo por la fe? ¿Crearás en sus abundantes promesas de salvación, perdón y descanso?

4. Expectativa no justificada de revelación de Cristo

Tal vez no hemos identificado tus razones para no venir a Cristo. Sientes tu necesidad y estás listo para abandonar tus pecados. Estas procurando depositar tu fe en Jesús en el momento oportuno, pero quieres alguna palabra adicional de él.

Tu exposición a la Biblia, sea a través de la lectura personal, entrenamiento familiar o asistencia a la iglesia, te ha enseñado una verdad importante. Sabes que a menos que seas uno de los apartados por Dios, uno de Sus especiales elegidos, no podrás venir a Cristo. Dios debe despertar a un pecador para que vea su necesidad, Dios debe atraerlo a Sí mismo, y Dios debe darle el don de la fe. Y así, razones: “Hasta que yo sepa que soy uno de los escogidos de Dios, sería presuntuoso de mi parte venir a Cristo.”

Habiéndote aferrado con firmeza a esta convicción, has determinado que no puedes actuar hasta que no venga alguna revelación adicional de parte de Cristo. Por supuesto, no demandarías una visión o una voz en la noche, pero estás esperando por un texto especial que se fije en tu mente, o algún sentido abrumador y convincente de la presencia de Dios, o alguna evidencia de la regeneración en tu vida. Y así, no ven-

drás a Cristo porque estás esperando un mensaje de Dios.

¿Por qué no hay justificación para esperar tal revelación adicional? El pasaje de Juan 5 nos da una respuesta contundente a esta pregunta. Jesús asevera que, para los judíos, las Escrituras del Antiguo Testamento deben constituir la prueba final y convincente de sus reclamos. Él dijo en el versículo 39: “Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí.” En el versículo 46 él dice: “Si creyeseis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él.” En otras palabras, Jesús estaba diciendo: “Lo que las Escrituras dicen de mí, desde los primeros escritos de Moisés hasta las palabras finales de los últimos profetas, es todo lo que necesitan para venir a mí. No deben esperar por alguna otra cosa; estas palabras son suficientes.”

El diálogo con el hombre rico en el infierno refuerza aún más la enseñanza de Jesús acerca de la suficiencia del testimonio escritural. Ante los ruegos del rico para que alguien advirtiera a sus hermanos de los tormentos del infierno, Abraham respondió: “A Moisés y a los profetas tienen; óiganlos” (Lucas 16:29). Pero el hombre rico tiene un mejor plan: “No, padre Abraham, pero si alguno fuere a ellos de entre los muertos, se arrepentirán” (v. 30). Escuchamos la voz de Cristo hablando en la respuesta final de Abraham: “Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levantara de los muertos.”

¿Estás esperando por alguna revelación espectacular de Dios antes de venir a Cristo? ¿Estás ignorando el mensaje de “Moisés y los profetas” que tienes en tu Biblia? ¿No te das cuenta que esa espera es inexcusa-

ble? No creas que tu actitud es sumisión humilde ante Dios. Tu renuencia es en realidad una demanda orgullosa y arrogante ante Dios, diciéndole cómo debe de actuar. De hecho, estás diciendo con el hombre rico: “Dios, tengo un plan para la salvación que es mejor que tus métodos ordinarios. Tengo una forma especial para que me llames, y estoy esperando por esa revelación especial.” La verdad es que el plan de salvación de Dios ha sido presentado de una manera clara y sencilla a través del testimonio de las Escrituras. La fiesta de bodas del evangelio ha sido dispuesta, y Dios te invita a apropiarte de la vida eterna. Todo lo que tienes que hacer es venir.

¿Te está llamando Jesucristo? ¿Te ves a ti mismo, no como un pecador especial, sino como un pecador necesitado, perdido y en camino a un merecido infierno? Entonces ven a él en arrepentimiento y fe. Mira a Cristo como el perfectamente adecuado “amigo de pecadores.” Observa cómo su vida perfectamente justa satisface plenamente los requerimientos de la ley divina. Considera cómo su muerte sustitutiva satisface por completo la justicia divina por tus pecados. No hagas complicado lo que Dios ha hecho maravillosamente sencillo; sólo ven.

Ven a Cristo por la bondadosa orden de Dios: “Este es su mandamiento: Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo” (1 Juan 3:23). Ven a Cristo por la bondadosa promesa de Dios: “Todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16). Deja a un lado cualquier razón que te detenga. ¡Ven a Cristo, para que tengas vida!

*Tal como soy, de pecador,
Sin más confianza que tu amor,
Ya que me llamas, acudí;
Cordero de Dios, heme aquí.*

*Tal como soy, buscando paz,
En mi desgracia y mal tenaz,
Conflicto grande siento en mí;
Cordero de Dios, heme aquí.*

*Tal como soy, me acogerás;
Perdón, alivio me darás.
Pues tu promesa ya creí;
Cordero de Dios, heme aquí.*

*Tal como soy, tu compasión
Vencido ha toda oposición;
Ya pertenezco sólo a Ti;
Cordero de Dios, heme aquí.*

